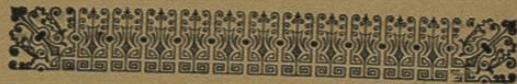


I



La cuadriga avanzaba, al galope, por la amplia vía de laureles y de mirtos poblada de estatuas.

La fresca musical del agua, al salpicar el mármol de las fuentes albeantes entre el verdor metálico de los jardines, mitigaba la caligie estival.

Dyonisios, de pie sobre el carro de húmedo cedro de Ida, fustigaba los corceles. Relinchan-

FRANCISCO VILLAESPESA

do sacudían las largas crines blancas, y atronaban el suelo con el rítmico y sordo martilleo de sus cascos teñidos de púrpura. Bajo las herraduras de plata, saltaban rotos los guijarros, y el vaho cálido que exhalaban sus narices dilatadas, voraces sorbedoras de aire, flotaba entre los ramajes y se perdía humeando en el esmalte azul del cielo.

Eran cuatro caballos tyrios, acostumbrados á las aclamaciones triunfales en el estadio de Olimpia, armónicamente estatuarios, dignos de ser uncidos por el cincel de Milón al carro de Helios sobre los frisos dóricos del Templo de Delfos.

En los bordes del camino, bajo los plátanos, los niños suspendían sus juegos, é inmóviles, con el disco aún en la mano, contemplaban aquel vertiginoso deslumbramiento de ruedas

ZARZA FLORIDA

de oro, hasta que desaparecía, á lo lejos, entre nubes de polvo.

Dyonisios no precisaba de aquella celeridad. Pero su alma, ávida gustadora de la embriaguez del vértigo, amaba los vuelos desmesurados de la Quimera y las locas fugas de las carreras frenéticas.

Los corceles se detuvieron, por fin, jadeantes y sudorosos, junto al Templo de Afrodita.

Varios esclavos agrupados en torno de una pequeña estatua de la diosa, en cuyo plinto se deshojaban coronas de ciclamos y violetas, se acercaron á la cuadriga.

Dyonisios descendió ágilmente, y mientras un lindo efebo le recomponía los pliegues del manto, dijo á Dioscoro, su liberto:

—¿Y Lais?

—Está cumpliendo sus votos. Ella misma

FRANCISCO VILLAESPESA

condujo hasta el altar, en una canastilla de flores, las tórtolas propiciatorias. Una pareja de esta primavera, que yo sorprendí, al claror del alba, entre los adelfos del Iliso. Las aves, ateridas de frío, temblaban entre mis manos, y Lais, sacudiendo de su plumaje las últimas gotas de la noche, las metió bajo la túnica, calentándolas entre los senos.

Se acercaron al Templo, reverberante de sol, en la deslumbradora blancura de los mármoles gloriosos. Sus líneas, supremamente armónicas, se recortaban rígidas sobre un triunfo de azul.

Grupos de legionarios romanos, sentados en las gradas, apuraban, á grandes tragos, anchas cráteras de vino mezclado con miel.

Bajo los pórticos, núbiles flautistas, ensayaban un aire litúrgico de melancólica voluptuosi-

ZARZA FLORIDA

dad. Sobre la clara gasa de los mantos y entre las largas cabelleras ondulantes, azuleaban, con reflejos marinos de turquesa, pequeños ramos de jacintos. La pierna derecha, surgiendo desnuda entre la abertura de la túnica, marcaba el ritmo musical, golpeando levemente con el extremo de las sandalias bermejas el marmóreo mosaico del pavimento.

Mercaderos de frutas y amuletos ensordecían el aire con sus pregones insinuantes y agudos, alargados en una canturia monótona.

Á veces, se abrían paso entre la multitud cuadrillas de esclavos encorvados por el peso de la carga. Los torsos desnudos sangraban al sol, bajo el látigo de los custodios.

Una cortesana, tan gruesa que al andar tenía que apoyarse en los hombros de dos siervos etíopes, verdaderos héroes de basalto, tam-

FRANCISCO VILLAESPESA

baleándose bajo su enorme tiara oriental constelada de gemas, se aproximó á Dyonisios y quiso retenerle por el manto.

Dyonisios la rechazó bruscamente.

Aquella muchedumbre envilecida de filósofos y parásitos, hetairas y mercaderes, le inspiraba una repugnancia tan profunda, que mil veces pidió á los dioses su exterminio.

Pero los dioses habían huído de Grecia. En sus altares se alzaba, ahora, un Olimpo bárbaro y sangriento.

Corrían de boca en boca las más estupendas narraciones.

Unos pastores hallaron la siringa de Pan, rota y olvidada á orillas de una fuente. Al tocarla exhaló un lamento tan triste que huyeron aterrorizados, y, abandonando el rebaño que ses-teaba á la sombra de un bosque de encinas, re-

ZARZA FLORIDA

gresaron á la ciudad, lívidos, jadeantes, sin habla, yendo á caer exánimes al pie de la estatua de Zeus, en la cella del Partenón.

—¡Los dioses se van!— gritaban los filósofos refugiados en las bibliotecas de Alejandría, bajo la influencia monoteísta de las cosmogonías orientales.

—¡Los dioses se van!— gemían los oráculos de Cumas y de Eritrea.

—¡Los dioses se van!— repetían las Pitonisas, lívidas como agonizantes, retorciéndose en las últimas convulsiones de su locura sagrada.

Y este mismo grito fatal y agorero, repercutía también en el corazón de la Grecia.

En todas las conciencias se había hecho la sombra, y las pupilas, roto el espejo encantado de la fe, ya no perseguían en las aguas, en los

FRANCISCO VILLAESPESA

campos, en las brisas y en los cielos las huellas fugitivas de las alegres Divinidades.

Las mismas costumbres se resistían también de influencias extrañas, y hasta la Belleza había perdido sus líneas impecables, maculada entre los brazos de aquellos bárbaros de rostros feroces y ojos de niños: ojos de claridades azules con turbios reflejos verdes, como el cristal de sus lagos y la corriente de sus ríos bajo el misterio druídico de sus bosques.

Dyonisios palidecía de ira al pensar en tales profanaciones y en la senil impotencia de su pueblo para resistirlas.

Sólo Lais sabía hacerle olvidar estas amarguras.

Recordaba la campestre poesía de su primer encuentro.

Bajo los oros flúidos de un lejano mediodía

ZARZA FLORIDA

primaveral, en la calma fresca y olorosa de un recodo florido, junto á la vieja fuente que brotaba á la sombra de los altos laureles, sus ojos, fatigados de tanta deformidad, se bañaron de belleza y de alegría en las formas armoniosas de aquel grácil cuerpo adolescente, que avanzaba majestuoso, como al son de una lira, con un ánfora de cobre á la cabeza.

Admirado de los clásicos y puros lineamientos de aquella figura, le preguntó su nombre.

La adolescente alzó los grandes ojos profundos, sus ojos en que revivía el misterio de los antiguos mitos, y le suspiró quedamente, con voz que era como el temblor musical de la brisa entre las hojas sonoras de un cañaveral húmedo de rocío:

— Me llaman Myrta. Tengo trece años y nací en Lesbos, al pie de las rocas que recibie-

FRANCISCO VILLAESPESA

ron las últimas lágrimas de Safo. Soy esclava de Pompilio, centurión romano.

—¿Y estás contenta?

—Como los ruseñores enjaulados. Nací griega, y amo la libertad sobre todas las cosas.

Y la rebelde energía de esta respuesta acabó de conmoverle.

Al día siguiente se la compró al centurión. Le dió libertad, y recordando el encuentro del divino Apeles con Lais la cortesana, le dió este nombre.

Aquella misma noche, ella, voluntariamente, vestida con su propia desnudez, fué á llamar á las puertas de la cámara, y con un impudor sagrado se le ofreció sobre su mismo lecho.

—Tómame... Soy tuya...

Y tendiéndole los brazos le atrajo sobre sus senos.

ZARZA FLORIDA

Y desde entonces, la belleza y el amor de Lais le hicieron olvidar las lujurias mercenarias de aquellas abigarradas cortesanas, que envueltas en sus peplos amarillos y con sus pelucas doradas, se ofrecían en la cercanía de los templos y bajo los naranjos de los muelles.